

obispo de Beauvais (1); el papado mismo se hizo guerrero, y los obispos tuvieron que ser sus generales, llegando hasta rechazar á aquellos que no eran aptos para tan singular servicio (2).

La guerra era una necesidad en la Edad Media, y es todavía una necesidad en el siglo XIX; pero ¿es esto decir que la doctrina pacífica de la Iglesia sea falsa? Lo que prueba que la paz es realmente el ideal de la humanidad es que los pueblos avanzan progresivamente hácia un estado de paz; y siendo tal la ley de la historia, se puede asegurar que la paz es el término ideal del perfeccionamiento de la humanidad. Nosotros agradecemos á la Iglesia los esfuerzos que ha hecho para difundir sentimientos de paz y de caridad; y tampoco la acusaremos de haber sido infiel á su doctrina, dejándose llevar por el genio guerrero de la Edad Media; pero en cambio tenemos que hacer una acusación mucho más grave al catolicismo. La Iglesia, tan humana y tan pacífica que hasta prohibió á sus ministros asistir á los juicios criminales, ha derramado más sangre que la que han hecho verter las pasiones de los hombres. Un clérigo no se atrevía á firmar una sentencia de muerte, y, sin embargo, á instancias de la Iglesia han perecido millares de víctimas inocentes en medio de las llamas por efecto de un crimen imaginario. La Iglesia predica la paz á los príncipes y á los pueblos, y es la que enciende las guerras más sangrientas que conoce la historia. Y no es esto un accidente, no es un vértigo pasajero que se explique por las costumbres generales del tiempo, es un vicio inherente al cristianismo: la paz cristiana entraña la guerra, una guerra implacable y sin fin contra todos los que no son cristianos.

SECCION 2.^a

VICIOS DE LA PAZ CRISTIANA.

§ I.—La religion, principio de guerra.

Se dice que el derecho de gentes trae su origen del cristianismo; el cristianismo admite, en efecto,

(1) El obispo de Beauvais, dice GUILL. EL BRETON (*Philippid. XI, 65*), era célebre por su valor; se le censura por su excesivo amor á las armas; y el papa le prohibió que usase espada. El obispo se sometió, pero en lugar de la espada se armó de una maza formidable; y en la batalla de Bouvines ningún guerrero despachó al otro mundo tantos enemigos como él, con la circunstancia de que después de haber echado por tierra á uno de aquéllos con su maza, mandaba á sus gentes que lo degollasen, no queriendo él contravenir, decía, á la orden del papa que le prohibía manchar sus manos con sangre.

(2) Véase la parte sexta de mis *Estudios*.

como dogma la unidad de la raza humana y la fraternidad de los pueblos; los pueblos están por consiguiente, unidos con los mismos lazos que los hombres; no son ya extranjeros, no son ya enemigos; la paz es su ley, ó, si se quiere mejor, su ideal. ¿No son estas las bases del derecho de gentes, tal como la ciencia moderna le concibe? Sin embargo, si se penetra en el fondo de la doctrina cristiana, se verá que esas ideas esenciales no se encuentran allí en toda su pureza; que están solamente en germen, y que la gloria de haberlas separado de toda impura mezcla no pertenece al cristianismo, sino á la filosofía.

El dogma de la revelación, sobre el que descansa el cristianismo, constituye su grandeza al propio tiempo que su debilidad; le da la fuerza de una institución divina, pero también le imprime un carácter exclusivo, estrecho y casi odioso. La religión que se considera en posesión de la verdad desprecia todas las demás manifestaciones del sentimiento religioso y las mira como inspiración del demonio; ella sola lleva á la salvación; los otros cultos son causa de condenación eterna. De ahí que la propaganda hecha por todos los medios llegue á ser una obra de grandísima caridad; y aún cuando hubiera que imponer la fe cristiana por la fuerza de las armas, ello sería un inmenso beneficio. De ahí la doctrina practicada, ya que no profesada, por la Iglesia de que la guerra es legítima cuando tiene por objeto la conversión de los vencidos. La Iglesia aplaudió hasta las victorias sangrientas de Carlo-Magno contra los Sajones (1); y á los ojos de los papas, la propagación del cristianismo y de la influencia de la santa sede lo justifica todo. Cuando llega á ser dominante, la Iglesia no se limita á ir detrás de los conquistadores, sino que da su apoyo á las guerras en que la religión está interesada. En el siglo XII, los Anglo-Normandos, raza invasora, se establecen en Irlanda sin otro derecho que el del más fuerte; y Enrique II se dirige á la santa sede para dar á la violencia el color de la justicia. Los Irlandeses eran cristianos, pero habían mostrado siempre un espíritu de independencia incompatible con la ambición romana. Alejandro III les acusa de no pagar los diezmos y de tener poco respeto á la Iglesia. Tratábase, pues, no de convertir á los Irlandeses,

(1) Véase la parte quinta de mis *Estudios*.

sino de hacerlos entrar en la unidad católica, y los papas colman de elogios la empresa del rey inglés y la encuentran admirable: Dios le recompensará, dicen ellos, por los esfuerzos que ha hecho para propagar el cristianismo. Aquel mismo papa manda á los obispos que presten apoyo al conquistador, y que si se subleva algún príncipe irlandés, fulminen contra él los rayos de la Iglesia (1). Adriano IV dice que una guerra principiada bajo los santos auspicios de la religión no puede ménos de tener feliz éxito (2). Un concilio celebrado en 1176 por el legado del papa en Dublin confirma el derecho del rey de Inglaterra sobre la Irlanda, apoyándose en la autoridad del soberano pontífice, y manda al clero y al pueblo, bajo pena de excomunión, que sean fieles al vencedor (3). Las esperanzas del papado recibieron un mentis cruel, puesto que sin saberlo, inauguró la más espantosa tiranía que jamás haya pesado sobre ningún pueblo; pero, por un justo juicio de Dios, la fuerza empleada para propagar el catolicismo se volvió contra la Iglesia.

¿Será necesario probar que la doctrina que sirvió para justificar la conquista de Irlanda destruye el fundamento del derecho de gentes? El derecho entre individuos supone que su personalidad está reconocida y respetada; del mismo modo el derecho entre las naciones implica el reconocimiento de su libertad y de su independencia. Si la superioridad de inteligencia y de moralidad da un derecho á la dominación sobre los hombres que están colocados en una condición inferior, hay que legitimar entonces la esclavitud con Aristóteles, hay que decir con él que los Griegos tienen derecho al imperio sobre los Bárbaros, hay que reconocer á los pueblos de Europa el derecho de conquistar el resto del mundo, puesto que tienen una civilización más avanzada y una religión más perfecta. Pero los pueblos del Oriente tienen también la pretensión de tener una civilización más alta y una religión más santa que nosotros, y, por consiguiente, tendrán también el derecho y el deber de conquistarnos. Semejante doctrina conduce á una guerra universal y permanente, y destruye hasta

(1) Bulas de Adriano IV y de Alejandro III, en RYMER, *Fœdera*, t. I, p. 19, 45.

(2) «Quod ad bonum exitum semper soleant attingere, quod de ardore fidei et religionis amore principium receperunt.»

(3) MANSI, *Concil.*, t. XXII, p. 167.

la posibilidad de un derecho internacional. Tal es el vicio esencial de la paz cristiana. Para que la paz reinase bajo el punto de vista cristiano, sería preciso, como condición preliminar, que el cristianismo fuese la religión universal; pero como éste, después de dos mil años, es aún la religión de la minoría, se encuentra ésta fatalmente en estado de guerra con el género humano, por lo ménos en el sentido de que la guerra es legítima cuando se trata de convertir infieles y de que es un deber cuando la conversión se puede hacer por medio de las armas. En vano se dice que la Iglesia rechaza la fuerza como medio de conversión; eso es verdad en teoría, pero de hecho ha usado de la fuerza siempre que la ha tenido á su disposición. La paz cristiana conduce, pues, á una guerra universal contra todos aquellos que no son cristianos. Y como la conversión del mundo á una sola religión es imposible, como la Iglesia misma no cree en esa conversión más que al final de la existencia del género humano, lógicamente se desprende que la humanidad se hallará en estado de guerra mientras exista.

Véase cómo la paz cristiana encierra un principio de guerra, y de una guerra eterna. En el fondo, es la hostilidad antigua, que se continúa; no hay más que una diferencia entre el derecho de gentes del cristianismo y el derecho de gentes de la antigüedad, y es la de que la hostilidad de las razas está reemplazada por la hostilidad de las religiones. El derecho de gentes cristiano no tiene aplicación más que entre cristianos; la paz reina en la cristiandad, pero hay guerra necesaria y perpetua entre la cristiandad y los infieles. También los Griegos admitían en teoría un derecho de gentes entre los Griegos; y Platon habla de la fraternidad de los Helenos; pero los Bárbaros no eran hermanos, eran enemigos. En vano el cristianismo reconoce la unidad del género humano; el principio de una religión revelada vicia ese dogma; la fraternidad no existe más que entre cristianos, los infieles son enemigos. Para hacer la paz en el mundo antiguo, habría sido menester que todas las razas se fundiesen en una sola; pero la monarquía universal hubiera ahogado toda la vida de la humanidad. Para que la paz reinase en el mundo bajo el imperio del cristianismo, habría sido necesario que una misma religión uniese á todas las naciones. Pero monarquía universal y religión uni-

versel son cosas idénticas en el fondo; son la destrucción de toda individualidad, obra imposible, porque contraría los designios del Creador.

La identidad de fe y la unidad de raza como base del derecho de gentes y como fundamento de la paz son dos principios igualmente falsos; ni el uno ni el otro aseguran la paz, aun entre los mismos pueblos que están ligados por las mismas creencias ó unidos por la misma sangre. Los Griegos se desgarraron mutuamente, aun cuando reconocían que eran hermanos; y los cristianos no han observado mejor la paz entre sí mismos. Basta la menor diferencia entre la fe para legitimar la guerra; los herejes y los cismáticos son peores que los paganos á los ojos de la Iglesia ortodoxa, y ésta emplea el hierro y el fuego para atraerlos á la unidad. Guerra al exterior, guerra en el interior, hé aquí á lo que conduce el derecho de gentes, fundado en la fe revelada. No hay más que una base verdadera para el derecho de gentes, la fraternidad humana, hecha abstracción de la diferencia de creencias religiosas. Los hombres son hermanos, porque todos son hijos del mismo Dios, y los pueblos, reunión de hombres, son igualmente hermanos; hay, pues, entre ellos un vínculo de derecho, y su ley, su ideal, es la paz. Este concepto está en germen en el cristianismo, así como la idea cristiana está en germen en la doctrina de Platon; mas ha sido necesario que la filosofía la desembarazase de las trabas de una religion estrecha, porque era exclusiva. Bajo el imperio de la *fraternidad humana*, los pueblos marchan progresivamente hácia un estado de paz; bajo el imperio de la *fraternidad religiosa*, la guerra era diaria.

El cristianismo, esa religion de paz y de amor, ha sido el principio de las guerras más terribles; la Edad Media se hallaba en estado de hostilidad contra todos los que se separaban de la fe revelada y contra los que la ignoraban. La religion cristiana procede directamente del mosaismo; pero los Judíos no han querido reconocer en Jesucristo el Mesías anunciado por los profetas. Á los ojos de los cristianos, Cristo es Dios, y la raza de Israel es culpable de deicidio, el más inexpiable de todos los crímenes, si no fuera el más absurdo; su castigo debe durar hasta la consumación de los siglos. Que se abran los anales de la Edad Media, y se verá á qué conduce la acusación de deicidio: todo lo que se llama cristiano se encarniza contra los desgra-

ciados Judíos, porque son los verdugos de Dios; explotación, tormentos, mutilación, muerte violenta, tal es la suerte de todo un pueblo bajo el imperio, ó, digámoslo mejor, bajo la influencia de una religion de amor. La Iglesia detesta á los herejes mucho más que á los Judíos, en razon á que amenazan su existencia ó comprometen su dominación; les hace una guerra á muerte en los campos de batalla, y otra más cruel y más odiosa en los tribunales de la Inquisición. Los infieles poseen la Tierra Santa, la ciudad donde Dios ha vivido y predicado, donde ha muerto y resucitado, y la Iglesia arma la cristiandad entera para la conquista de un sepulcro. ¡Y la sangre corre á torrentes durante dos siglos para vengar á un Dios de caridad y de paz! Y no son los intereses de la fe las únicas causas de la guerra. La Iglesia es una institución divina; el papa es el representante de Dios; ponerse en oposición con el papado es colocarse fuera de la fe; nuevo principio de guerra. Y mientras que la cristiandad vierte su sangre en Asia para conquistar el sepulcro de su Dios, la Europa se ve ensangrentada por la larga lucha del imperio contra los que se llaman vicarios de Cristo. Hemos dicho en otra parte lo que era la guerra del sacerdocio y del imperio, y nos creemos dispensados del disgusto de hablar más de las horribles cruzadas contra los herejes (1). Pero nos esperan nuevas escenas de sangre: las guerras santas por excelencia son las de la cristiandad contra los Sarracenos y los paganos.

El cristianismo se ha extendido por la predicación y el martirio; esa es una de sus glorias. En la Edad Media, la propaganda pacífica reemplaza á la propaganda guerrera. Los cristianos acusan amargamente á Mahoma de haber impuesto sus errores por la fuerza del sable, y olvidan que el cristianismo ha sido conquistador como el mahometismo (2) y más intolerante que él. Las conquistas de los mahometanos son guerras santas. El cristianismo tiene sus cruzadas, emprendidas al grito de: ¡Dios lo quiere! (3). Los guerreros maho-

(1) Las guerras que hoy más detestamos eran celebradas como santas en la Edad Media (JUAN DE GARLANDA, en la *Historia Literaria de Francia*, t. XXII, p. 85).

(2) PEDRO EL VENERABLE, en su obra contra los Sarracenos, dice que le faltan palabras para increpar una crueldad tan bestial: sólo Satanás ha podido inspirar, dice, un consejo tan sangriento (MARTENS, *Collect.*, t. IX, p. 1163).

(3) Los contemporáneos nos dicen que las cruzadas fueron una propaganda armada (*Hist. Trevisana*, en D'ACHERY, *Spicile-*

metanos fueron invencibles mucho tiempo, porque, ménos que soldados, eran creyentes que tenían ansia y sed de martirio; la muerte en el campo de batalla les abría las puertas del paraíso. Entre los cristianos, la guerra llega á ser también un acto de fe y hace veces de penitencia (1). El vicario de Dios promete á los peregrinos armados la indulgencia de sus pecados y la bienaventuranza eterna (2). Los que mueren combatiendo infieles son mártires, y es siempre el vicario de Dios quien lo asegura (3). Sus legados enardecen á los cruzados con la esperanza de recompensas celestes prometidas á los que sucumben; en cuanto á los que sobrevivan, tendrán las riquezas del Oriente (4). El mismo Jesucristo viene á decir á sus fieles caballeros que los intrépidos guerreros que mueran por su causa se verán sentados á la diestra de Dios (5). ¿Tenían otro lenguaje los califas y sus tenientes?

El cristianismo sobrepuja al fanatismo mahometano, y una religion de amor y de paz, una religion que tiene horror á la sangre, viene á ser una *religion armada*; traduciremos la *Regla de los Templarios* (6): «Es una inspiración de la Divina Providencia, dice el papa, la que ha fundado las órdenes militares; Cristo tiene ahora sus caballeros (7), que

giam, t. II, p. 215): «Ea tempestate populus multus. Jerusalem ire intenderunt, et totis desideriis anhelabant pro Dei et fidei amore, aut ipsi mortem suscipere, aut incredulorum coelis fidei subagere.»

(1) Concil. Caromont. (MANSI, XX, 816): «Quicumque pro sola devotione ad liberandam Ecclesiam Dei Jerusalem profectus fuerit, iter illud pro omni pœnitetur.»

(2) Discurso de URBANO, segun GREG. DE TYRO (BONGARS, página 640). Esa creencia es la que animaba á los cruzados. RAOUL, señor de Coucy, dice en una canción:

•Aquel que lleva aquí vida oprobiosa,
•Que sufra allí por Dios muerte gozosa,
•Que buena muerte es y muy dichosa
•La que conquista reino glorioso.

(*Hist. Literaria de Francia*, t. XIV, p. 585.)

(3) Discurso de PASCAL en el concilio de Clermont, segun GUILBERT DE NUGENT (BONGARS, p. 479): «Vobis bella proponimus, que in se habent gloriosum martyris munus.»

(4) ROBERT MONACH., *Hist.*, lib. VII (BONGARS, p. 63): «Qui hic morietur, pro temporali vita gaudia adipiscetur eterna; qui vero remanserit superstes, super inimicorum suorum triumphabit victoria, divitiisque illorum ditabitur» (Palabras del *bispo de Puy*, legado de papa).

(5) «Cum vero ic tales obeunt, a dextris Dei collocantur, ubi ego post resurrectionem in caelum ascendens conseedi» (Vision referida por RAIMUNDO DE AGILES, en BONGARS, p. 165).

(6) Art. 51 (MANSI, XXI, 333): «Divina, ut credimus providentia a vobis in sanctis locis sumpsit exordium hoc genus novum religionis, ut videlicet religioni militiam admiseretis et sic religio per militiam armata procedit, hostem sine culpa feriat.»

(7) *Mittes Christi*. Hay una orden militar que lleva el nombre de caballeros ó *milicia de Cristo*. Bula de Juan XII, del 14 de Marzo de 1319 (HELYOT, *Hist. de Los órdenes religiosos*, t. VI, página 72).

pueden *tuta conciencia* herir á los enemigos, porque combaten en nombre de Dios. Nada más sanginario que la Regla de aquellos monjes, caballeros de un Dios de caridad; la superstición y el furor militar que respira causan horror. Los caballeros juran que defenderán los misterios de la fe con la fuerza de las armas (1); consagran sus manos á derramar sangre de infieles: tales son las palabras de un papa (2); y esa guerra no tendrá fin hasta que sean exterminados los paganos, los enemigos del Hijo de la Virgen. Oigamos la Regla de los Templarios: «Se dice del león que va buscando la presa que ha de devorar; de ese modo *los caballeros del Temple deben perseguir siempre y por todas partes á los infieles y hacerles desaparecer de la superficie á la tierra*» (3).

La guerra á muerte se volvió contra aquellos que tenían la ambición de destruir el mahometismo; los enemigos de Cristo triunfaron de sus defensores, y ni siquiera quedó en poder de los cristianos el sepulcro por el que habían vertido su sangre millones de cruzados. Arrojadados de la Tierra Santa, los monjes caballeros volvieron sus armas contra las poblaciones paganas del Norte de Europa, donde cumplieron al pié de la letra su lema de destrucción. Desde el principio del siglo XI se unieron algunos combatientes á los misioneros para convertir á los Prusianos; pero la propaganda armada no adquirió importancia hasta que el furor de las cruzadas se apoderó de la Europa. ¡Cosa singular! Fueron los Sajones, bautizados ellos mismos en sangre, los primeros que tomaron la cruz contra las poblaciones paganas; encontraban más cómodo ganar cielo y tierra matando á sus vecinos que exponiéndose á los riesgos de una expedición lejana (4). Los Prusianos opusieron una resistencia tan tenaz como la que habían opuesto los antecesores de los Sajones, y en el siglo XIII la lucha se hizo encarnizada. Inocencio III ocupaba el trono pontifical; y el que sometía los reyes á su voluntad sublevaba la Europa contra el Oriente y ahogaba las herejías en el fuego de las hogueras, ¿había de

(1) Véase la fórmula del juramento, en HELYOT, t. VI, p. 23.
(2) LUCIUS III, a. 1183 (RYMER, *Federa*, t. 37): «Manus suas in sanguinem infidelium Domino consecrantes.»

(3) *Regla de los Templarios*, art. 48 (MANSI, XXI, 338): «Vobis specialiter creditum est et debitum, pro fratribus vestris animas ponere, atque Incredulos qui semper Virginis filio militantur, de terra delere. De Leone enim hoc legitur quia ipse circumcivit, quemens quem devoret, etc.»

(4) OTTON, FRISINGENS., *De gestis Frederici*, t. 1, 40.

sufrir que el paganismo continuase manchando el Occidente? El ilustre papa no tuvo el menor escrúpulo en armar cruzadas contra los paganos. Hemos buscado inútilmente en sus epístolas una palabra que pudiese, si no justificar, disculpar por lo menos la cruzada que predicó contra los Livonios y los Prusianos; no hemos hallado más que una jerga bíblica, permitasenos la frase: "Las poblaciones paganas están en la *servidumbre de la corrupción*; es necesario elevarlas á la *libertad de los hijos de Dios*," (1). Inocencio colmó de elogios la piedad del rey de Dinamarca, que tomó la cruz contra los Prusianos, sin reparar que era la ambición y la codicia, y no el celo de la fe ortodoxa, las que impulsaban á los Daneses á subyugar poblaciones independientes (2). El papa mismo se vió obligado á reprimir la dureza de los cruzados, cuya primera diligencia, despues de la victoria, era reducir los vencidos á esclavitud, de suerte que los Prusianos convertidos á la *libertad cristiana* se veían en una condicion más dura que aquellos de sus hermanos que aún gemían bajo la *servidumbre del error* (3).

Una lucha terrible se empeñó entre los paganos y los católicos. El papa Honorio se queja de los excesos cometidos por los Bárbaros, y excita á los fieles para que vengán al socorro de los Prusianos convertidos, víctimas de la venganza de los idólatras (4). Pero aquellas venganzas ¿no eran represalias? ¿No defendían los Prusianos su libertad al mismo tiempo que su religion? Los Templarios agobiaron con vejaciones á los vencidos; y la *libertad de los hijos de Dios* se tradujo en dura esclavitud (5). Pero el amor á la independencia fué más poderoso que las armas de los Templarios, y se hizo necesario que los príncipes cristianos fueran en su auxilio, apelando para ello á los *caballeros teutónicos*, á los que se les aseguró la propiedad de las tierras que conquistasen sobre los paganos; y el emperador y el papa confirmaron la cesion de un pueblo libre, sobre el cual ni uno ni otro tenían derecho (6). Gregorio IX predicó una cruzada con-

(1) INNOCENT., *Epist.* VII, 139.

(2) RAYNALDI, *Annal. Eccl.*, a. 1210, § 24.

(3) RAYNALDI, a. 1212, § 6: «Statim eos oneribus servilibus aggravant, et venientes ad Christiane fidei libertatem deterioris conditionis efficiunt, quam essent, dum sub iugo servitutis permanserunt.»

(4) RAYNALDI, a. 1248, § 43.

(5) El mismo papa lo confiesa, dirigiendo severas reprobaciones á los monjes guerreros (RAYNALDI, a. 1224, § 40).

(6) RAYNALDI, a. 1230, §§ 13-25.

tra los paganos, á fin de prestar auxilio á los monjes guerreros; siempre es en el nombre de un Dios de caridad y de paz en el que el vicario de Cristo excita á los fieles á derramar la sangre de sus semejantes (1). El papa repitió más de una vez el llamamiento á las armas (2); pero la raza de los hombres del Norte es tenaz, y defendieron con heroísmo lo que es más querido para el hombre, la libertad y las creencias. Triunfaron, por fin, los *caballeros teutónicos*, y el severo viejo Gregorio IX lanzó un grito de alegría (3). No estaba, sin embargo, terminada la lucha; los Prusianos estaban encadenados más bien que sometidos; y durante doscientos años, las insurrecciones y el cadalso inundaron de sangre las tierras de los nuevos convertidos. Por último, la voz de los papas dejó de oírse: se había acabado la obra de la conversion. Hacemos justicia á las buenas intenciones de los jefes de la cristiandad, cuya preocupacion constante y única era convertir infieles á la religion de Cristo, y no cesaban de recomendar y de ordenar que se iniciase á los vencidos en el Evangelio y que se les dejase en libertad (4). Pero el fin no justifica los medios; y si el fin de los papas era santo, el medio que emplearon para alcanzarle era ilegítimo. Los papas predicaron la guerra para convertir á los paganos; la guerra desencadena necesariamente las fuerzas brutales; la violencia reina donde debería reinar la caridad. Los *caballeros teutónicos* no eran ya misioneros, sino conquistadores, y conquistadores crueles, por lo mismo que, vertiendo sangre, creían defender la causa de Dios. Los papas querían dar la libertad á los infieles, y les preparaban la más cruel de las *servidumbres*.

Tal es la paz cristiana en la Edad Media: es la guerra universal y permanente contra todos los que no pertenecían á la Iglesia ortodoxa. Se dirá que aquellas luchas armadas no eran más que un accidente en el cristianismo y que hacemos mal en imputar á la doctrina católica lo que es un efecto de las pasiones guerreras de la época. Pero entón-

(1) «Hortamur et per Omnipotentem Deum obsecramus in remissionem vobis peccaminum injungentes, quatenus ad nimiam charitatem, qua Christus vos dilexit et diligit respectum habentes, et ei retribuentes aliquid pro omnibus que retribuit ipse vobis, etc.» (RAYNALDI, a. 1230, § 23).

(2) RAYNALDI, a. 1232, § 6, 7; a. 1236, §§ 62-64.

(3) «Cum exaltatione spirítus intellectus» (RAYNALDI, a. 1243, § 32).

(4) *Epist.* GREGOR. IX: «Quod neophyti congrua libertate gaudeant.» (RAYNALDI, a. 1243, § 34; a. 1236, § 64).

ces culpece á los hombres más considerables de la Edad Media, á aquellos á quienes la Iglesia ha colocado en el número de los santos. ¿Quién ha escrito la regla de la primera orden militar? *San Bernardo*; que se lea su sermón á los caballeros del Temple, y se verá que si hubo desvario en el ardor belicoso de la Iglesia en la Edad Media, el error procede lógicamente de la religion revelada. Las órdenes militares son, á los ojos de *San Bernardo*, la más admirable de las instituciones: «Los monjes guerreros, lejos de temer la muerte, deben desealarla, puesto que la muerte sobre el campo de batalla es, de todas las muertes santas, la más santa, supuesto que se muere por Dios.» (1). *San Bernardo*, sin embargo, rechaza toda especie de guerra, y no ve en ella más que pasiones vituperables, ambición, codicia y venganza. El vencedor y el vencido, dice, son igualmente dignos de lástima, puesto que el uno comete un pecado mortal y el otro pone en peligro la muerte del alma. ¿No eran, bajo este punto de vista, una verdadera monstruosidad aquellos frailes que hacían profesion de derramar sangre? «Los caballeros de Cristo, responde *San Bernardo*, pueden con toda seguridad combatir á los infieles, porque pelean por Dios (2). Dar ó recibir la muerte no es para ellos un pecado, es una accion de las más gloriosas; son los ministros de Dios para ejercer su venganza; la muerte que dan redundan en provecho de Cristo; el Hijo de Dios acepta gustoso la sangre de sus enemigos, y se ve glorificado en la muerte de los infieles.» (3).

Se necesitan leer esas enormidades para creer que las haya predicado uno de los mayores santos de la Edad Media. Parece, sin embargo, difícil conciliar la mision de las órdenes militares con las máximas del Evangelio. ¿Jesucristo no nos manda perdonar las injurias? *Si se os hiera en una mejilla, presentad la otra*, dice el Evangelio; ¿y hé aquí unos monjes que rechazan las injurias con las armas en la mano! *Santo Tomas*, el ángel de la escuela, se encarga de conciliar lo que es inconciliable: «Es

muy bello, dice, perdonar las injurias que se han recibido, pero los monjes caballeros no vengán sus injurias, vengán las injurias de Dios.» Pero ¿es permitido vengar, aun cuando sea á la divinidad, dando la muerte? Los papas, vicarios de Dios, ¿no han prohibido á todo el clero derramar sangre? Los mismos seglares que hacen penitencia, ¿no deben abandonar las armas? *Santo Tomas* tiene una respuesta fácil para esa objecion embarazosa: «Esgimir las armas en una guerra ordinaria es un pecado; pero ¿quién se atrevería á condenar á aquel que combate por Dios?» (1). De modo que la causa de Dios lo legitima todo. Los católicos de nuestros dias gustan de citar las palabras del apóstol: *Se debe obedecer á Dios antes que á los hombres*. Los Bernardos y los *Santo Tomas*, los Templarios y los papas de la Edad Media, que violaban la libertad y la independencia de las naciones paganas, que quebrantaban hasta la ley de caridad del Evangelio, predicando y practicando el homicidio y el robo, creían también obedecer á Dios, servir la causa de Dios, combatir por Dios, y, sin embargo, se han engañado. Es el catolicismo el que les ha inducido á error; la pretendida revelacion es la que los ha extraviado, haciéndoles creer que hay en este mundo una Iglesia depositaria de la verdad revelada, por el intermedio de la cual habla Dios á los hombres. No, Dios no inspira más que á la conciencia humana, y ésta nos grita en todas partes: no basta que el fin sea santo, es necesario también que los medios sean legítimos.

También es la causa de Dios la que legitima las cruzadas. Pero las guerras santas acabaron por cansar á la cristiandad; á las predicaciones guerreras de los papas opusieron los fieles las máximas pacíficas del Evangelio y el ejemplo mismo de Jesucristo: «Cuando Cristo sufría injustamente, ¿por ventura hizo la guerra á sus perseguidores? Se entregó á sus jueces, aunque inocente, y los apóstoles, los mártires, los santos, han seguido sus huellas. Si es permitido, si es un deber el combatir á los Sarracenos, ¿no habrá que hacer por la misma razon la guerra á todos los infieles? ¿Qué viene á ser entonces la orden dada á San Pedro por Jesucristo de meter la espada en la vaina? ¿Qué viene á ser la paz que el Hijo de Dios trajo á los hombres?» Tales eran las razones que los fieles

(1) *De laude militum, ad milites Templi*, c. 1: «Etsi beati qui in Domino moriuntur, multo magis qui pro Domino moriuntur... In bello tanto profecto preciosior quanto et gloriosior (mors).»

(2) *De laude militum, ad milites Templi*, c. III: «Mors pro Christo vel ferenda, vel inferenda et nihil habet criminis et plurimum glorie meretur.»

(3) «Christus libenter accipit hostis mortem pro ultione... Dei minister est (miles) ad vindictam malefactorum... Mors quam irrogat, Christi est lucrum... In morte pagani Christianus gloriatur, quin Christus glorificatur.» (Ibid.).

(1) S. THOMAS, *Summa Theolog.*, II, 2, quæst. 188, art. 3.

alegaban contra las cruzadas al fin del siglo XIII. El papado tomó la defensa de su obra, y el general de los dominicanos, obedeciendo las órdenes de Gregorio X, escribió una apología de las guerras santas (1): "Unos son los medios, dice, de fundar una religión y otros los medios de mantenerla; la debilidad no se sirve de las mismas armas que la fuerza. El cristianismo se estableció por medio de milagros y de la sangre de los mártires; pero en el día, que se trata de defenderle contra sus enemigos, es necesario emplear la espada. La Iglesia naciente era débil, y tuvo que plejarse á la violencia; pero cuando Dios la ha dado fuerza, ¿por qué no ha de aprovecharse de ella? Nosotros no tenemos ya milagros, pero tenemos poder; usemos de las armas que están á nuestra disposición."

La confesion es ingenua: si los primeros cristianos no han tomado las armas contra el paganismo, fué porque eran los más débiles; dad fuerza á la Iglesia, que ella la empleará; su derecho es incontestable; ni siquiera se pone en duda. Ya veremos, al principio de la Edad Moderna, que los papas disponen de las Indias como dueños, que legitiman la ocupacion del nuevo mundo, y, por consecuencia, las guerras contra los paganos. Si en el día ya no hace el papado oír gritos de guerra, ¿es acaso porque repruebe lo que se ha hecho en la Edad Media y se repitió en los siglos XVI y XVII? No, los canonistas enseñan siempre la legitimidad de las guerras contra los infieles que ponen obstáculo á la propagacion del Evangelio (2). ¿Por qué entonces se ha hecho pacífica la Iglesia? Porque le falta la fuerza, ó, mejor dicho, porque se ve, á pesar suyo y de sus doctrinas, arrastrada á una política de paz, de tolerancia y de humanidad. En vano dice y repite que no cambia; todo cambia y se modifica; y la pretension de la Iglesia de ser inmutable conduce solamente á poner su dogma en contradiccion con sus actos. Su doctrina la dice: guerra á los herejes y á los idólatras, por la salud de sus almas. Pero la conciencia general, más fuerte que la Iglesia, la grita: tolerancia, humanidad. Y la Iglesia abandona su dogma y obedece á la poderosa voz de los siglos.

(1) Esta apología es conocida con el título de *Opus Tripartitum*, se halla en la colección de concilios de CRABBE, t. II, p. 967. MANSI (XXIV, 109) la trae en extracto.
(2) Ya volveremos á tratar este punto en la parte décima de nuestros Estudios.

§ II.—Las cruzadas.

N.º 1.—Las guerras sagradas.

Las cruzadas son las guerras más sangrientas de que hace mencion la historia; millones de hombres han perecido en ellas. Y ¿por qué ha corrido tanta sangre por la conquista de un sepulcro? ¡Locura! exclaman los filósofos del siglo XVIII; ¡Demencia! ¡Furor! (1). Los católicos, aterrados por la reprobacion universal que ha caído sobre las guerras sagradas, han tratado de legitimarlas á los ojos de un siglo esencialmente político por medio de consideraciones políticas. *De Maistre* transforma los papas del siglo XI en hábiles generales: "Veían, dice, á los musulmanes próximos á desbordarse sobre la Europa; con la vista de Anibal descubrieron que, para rechazar aquella formidable potencia, era preciso atacarla en su territorio. La tierra nos ha salvado de la media luna; y si hoy somos libres, cultos y cristianos, se lo debemos á la tiara" (2). La apología ha encontrado favor hasta en el campo de los adversarios; escritores poco favorables á las pretensiones de Roma repiten que las cruzadas fueron una guerra defensiva contra el islamismo. Apoyándose en la autoridad de Montesquieu, dice *Mr. Villemain*: "El derecho de defensa envuelve alguna vez el derecho de ataque, cuando un pueblo ve que una paz más larga colocaría á otro en estado de destruirle y cuando el ataque es el único medio de impedir esa destruccion. En el siglo XI se hallaba la Europa en ese estado con respecto al mahometismo, que hacía ya siglos no dejaba de amenazarla. El pensamiento de ese peligro entró por mucho en el celo de los pontífices que promovieron las cruzadas: las guerras santas son la antigua guerra de la Europa contra el Asia, de la civilizacion contra la barbarie" (3).

Si al predicar los papas las cruzadas tuvieron la mira de rechazar la invasion musulmana, hemos hecho mal en acusarles por los excesos de las guerras santas; deberíamos admirar su profunda política y darles gracias por el servicio que han prestado á la humanidad. Pero ¿es cierto que las

(1) VOLTAIRE, *Diccionario filosófico*, en la palabra *Fanatismo*.
(2) DE MAISTRE, *Del Papa*, lib. III, c. VII.
(3) VILLEMMAIN, *Curso de la literatura francesa de la Edad Media*, lec. V.



ENTRADA DE LOS CRUZADOS EN JERUSALEN